

concordia entre el papa y el emperador era absoluta, y, un mes después, las tropas imperiales y pontificias se encontraron luchando codo a codo en Italia. Lorenzo, el sobrino de León, murió, pero aún quedaban dos jóvenes Médicis ilegítimos sobre los que fundar una dinastía. A finales de año, Florencia quedó segura para ellos y los franceses se batían en retirada en toda Italia. El 1 de diciembre de 1521 le llegó a León la noticia de que habían reconquistado Parma para él. Murió aquel mismo día por la tarde. Algunos afirmaron que la alegría desbordada que le produjo la noticia de Parma resultó excesiva para su débil constitución. Llevaba varios días enfermo. Otros aseguraron que la causa de la muerte fue el veneno. Los romanos, que se habían beneficiado mucho de su manirrota generosidad, capturaron a su copero, que se disponía a abandonar Roma con sospechosa precipitación, pero el pobre hombre era inocente. Hubo muchas acusaciones, pero nadie aportó pruebas y a nadie se juzgó.

Fue una suerte para León morir en aquel momento. Había logrado lo que Julio no pudo conseguir: contemplar la huida de los franceses. El emperador se mostraba respetuoso con el Papado, Lutero no era más que un monje fugitivo, la familia Médicis estaba firmemente establecida, el resplandor del Alto Renacimiento brillaba aún sobre Roma. Incluso tuvo suerte en la cuestión de a quién correspondía el mayor mérito por el Renacimiento romano. Fue Julio quien trajo a Roma los grandes artistas; quien, con su titánica energía, los había impulsado a seguir adelante. Pero fue el pontificado de León el que mereció de la posteridad el nombre de Edad de Oro. Muchos lloraron amargamente su desaparición. Pero ninguno tan amargamente como los banqueros y ricos cardenales, quienes, animados por su juventud, no sólo no habían reclamado la devolución de sus préstamos, sino que los habían incrementado. Y ahora no se los devolvería nadie, ya que las arcas de la Iglesia estaban completamente vacías.

SÉPTIMA PARTE

El último día de Roma

GIULIO DE MÉDICIS

Papa Clemente VII (1523-1534)

Giulio de Médicis

En el cónclave que se inició en la Capilla Sixtina el 1 de octubre de 1523, la celda de madera del cardenal Giulio de Médicis fue colocada por casualidad bajo el cuadro de Perugino que representa a san Pedro recibiendo las llaves. Este presagio impresionó a muchos, pues el cubículo del cardenal que fue elegido con el nombre de Julio II había estado en el mismo lugar.

La vida de Giulio de Médicis está llena de este tipo de casualidades afortunadas. En términos de estricta justicia, no tenía ningún derecho a estar allí, a mezclarse de igual a igual con los príncipes de la Iglesia en tan portentosa ocasión, ya que su nacimiento había sido ilegítimo; y aunque la ilegitimidad no significaba entonces ningún estigma social, creaba una barrera legal, sobre todo para los que querían hacer carrera en la Iglesia. Si la vida de Giulio hubiera seguido un curso normal, probablemente ahora, a sus cuarenta y siete años, sería un funcionario florentino de segunda fila que se jactaría constantemente de que la sangre de los Médicis corría por sus venas y se sentiría agradecido a sus provechosas conexiones con la familia gobernante de Florencia. Sin embargo, no sólo era cardenal y vicescanciller, sino *papabile*, miembro del reducidísimo grupo de cardenales sobre los que hacían apuestas los romanos durante el cónclave.

La buena suerte, en forma de puñal de un asesino, había cambiado radicalmente la vida de Giulio cuando todavía era un bebé, trasladándole de un suburbio florentino al palacio de los Médicis. Nadie sabía, y a nadie le importaba, quién había sido su madre, salvo que seguramente había sido lo bastante bonita para atraer la voluble atención de su padre, Giuliano de Médicis, el apuesto y popular hermano de Lorenzo el Magnífico. Giuliano nunca se molestó en jus-

tificar la existencia de aquella mujer. Todo el mundo esperaba de un joven noble que tomara el placer allí donde lo descubriera, y mientras se portase sensatamente y se casase por sólidas ventajas políticas, lo que hiciera con su vida privada era asunto suyo. Giuliano, si es que pensó alguna vez en el asunto, seguramente tendría intención de seguir la compasiva costumbre de la época dando empleo a su ilegítimo retoño en su casa cuando tuviera una. Pero no le dieron oportunidad de hacer planes para Giulio: un domingo de abril de 1478 fue derribado a cuchilladas en la catedral de Florencia, víctima de una conspiración destinada a derribar el gobierno de los Médicis sobre la ciudad.

Lorenzo también fue atacado, pero sólo recibió heridas superficiales. El complot fracasó por completo porque los conspiradores habían juzgado mal el temperamento de los florentinos. Giuliano era enormemente popular, y los florentinos, en un arrebato de indignación, se unieron a los Médicis y emprendieron la caza de los asesinos de Giuliano por toda la ciudad. El asesino fue ejecutado sumariamente, pero la sangre derramada no pudo devolverles al muerto. Lorenzo quería a su hermano con todo el amor familiar de que era capaz un Médicis. Desesperado de dolor, se enteró de que una oscura muchacha del pueblo había tenido recientemente un hijo de Giuliano, y ordenó que la buscaran. No fue difícil encontrarla en una ciudad de 100.000 personas, y más porque la muchacha no ocultaba precisamente el ilustre parentesco de su hijo. Tampoco hubo dificultades a la hora de convencerla para que entregara el niño al señor de Florencia. Lorenzo se llevó su sobrino a palacio.

Giulio tenía sólo catorce años cuando murió Lorenzo el Magnífico. En otra familia seguramente le hubieran relegado o expulsado al desaparecer su protector. Pero la sólida lealtad familiar de los Médicis trabajó una vez más en su favor. El brillante segundogénito de Lorenzo, Giovanni, se convirtió en guardián del muchacho, aunque sólo tenía tres años más que él.

Se desarrollaron fuertes lazos entre los dos primos. La escasa diferencia de edad no impidió que Giovanni tomase la iniciativa en todo. Espíritu positivo, Giovanni se ganó de forma espontánea el cariño y la admiración del retraído y bastante tímido Giulio. Y cuando, al correr de los años, emergió como papa León X, nada más lógico que la participación de Giulio en aquella fuente inagotable de beneficios que había caído en sus manos.

León legitimó a su primo, le nombró cardenal, le concedió el influyente y lucrativo cargo de vicescanciller y le hizo señor de Florencia. Giulio, por su parte, le sirvió con dignidad y competencia,

tanto en sus cargos religiosos como seculares. No había nacido para la iniciativa política. Detrás de sus actos estuvo siempre el apoyo de León, así que pudo emplear sus considerables dotes de administrador sin preocuparse demasiado por las consecuencias políticas de sus actos. El pueblo le respetaba, aunque no sentía mucho afecto por él. Era un trabajador concienzudo y parecía inmune al omnipresente delito del nepotismo. Se sentía orgulloso de su nombre, pero cuando encargó a Nicolás Maquiavelo la primera historia de Florencia, insistió en que quería datos fidedignos sobre los Médicis y no las tradicionales adulaciones que pasaban por biografías.

Aquel apellido de «Médicis» le colocaba en muy buena posición cuando entró en el cónclave en compañía de otros treinta y cinco cardenales. Roma había tenido muy pocos motivos de satisfacción en los veinte meses transcurridos desde la muerte del otro Médicis, el espléndido León. Su sucesor, Adriano, había sido un desastre sin paliativos, en opinión de los cardenales, quienes habían llegado a la conclusión de que quizás hubiese sido el candidato del Espíritu Santo, pero, desde luego, no el suyo. Adriano, el activo holandés que no había puesto los pies en Roma, ignoraba hasta tal punto la situación de la curia, que había escrito una carta pidiendo que le prepararan algún alojamiento apropiado desde el que desempeñar sus deberes de papa. Era un bárbaro que se horrorizó ante los esplendores paganos del Vaticano cuando al fin llegó. Apenas capaz de hablar en latín, Adriano parecía creer que el primer deber del sumo pontífice era guiar espiritualmente a los cristianos y servirles de ejemplo. No llegó a durar dos años. Murió, según decían, con el corazón destrozado. Los romanos se alegraron de su muerte, declararon que había que levantarle una estatua a su médico y, al enterarse de que un Médicis gozaba nuevamente del favor del cónclave, aguardaron impacientemente el advenimiento de otra Edad de Oro.

Pero el cónclave no acababa de decidirse, y los días de espera se transformaron en semanas. La elección de un papa seguía reflejando fielmente las tensiones del mundo exterior, con la diferencia de que ahora no se trataba sólo de un puñado de grandes familias romanas, sino de toda Europa. El elegido, fuese quien fuese, no tendría más remedio que alinearse con uno de los dos bandos en que estaba dividido el continente. Podría pasarse con armas y bagajes a las filas del joven rey Francisco de Francia, o seguir la estrella del igualmente joven rey Carlos de España, quien, además, tenía la buena fortuna de ser emperador. Pero lo que no podía hacer de ninguna manera era permanecer neutral.

La rivalidad entre el rey y el emperador, pronto convertida en guerra abierta, se manifestó en los rígidos agrupamientos de los cardenales en el cónclave. Giulio de Médicis había sido un firme partidario de España durante el pontificado de León, y ahora todos lo consideraban el candidato del emperador; y la facción española, aunque poco numerosa, estaba unida. El partido francés era poderoso, tan poderoso que, a pesar de las enérgicas protestas de los franceses presentes en el cónclave, sus adversarios iniciaron tranquilamente los procedimientos antes de que todos los franceses llegaran a Roma. El 8 de octubre, poco después del primer escrutinio de votos, tres indignados cardenales franceses llegaron ante la puerta, apartaron bruscamente a los ayudantes que la guardaban y, vestidos como estaban, con botas, espuelas y plumas, irrumpieron en el cónclave y exigieron su inclusión.

Giulio consiguió neutralizar a la oposición con un truco muy típico de los Médicis. No todos sus adversarios eran necesariamente antiespañoles. Pompeo Colonna, por ejemplo, se limitaba a sentir una profunda antipatía por todos los Médicis, y, aunque era un imperialista leal, había obligado a sus partidarios a prometer bajo juramento que en ninguna circunstancia votarían a Giulio. El grupo Colonna presentó su propio candidato, y éste le había asegurado a Pompeo que contaba con el apoyo de los franceses. En esta creencia, Pompeo Colonna se acercó a Giulio de Médicis. Con los votos italianos y franceses coaligados contra él, no tenía ninguna posibilidad. Colonna acorraló a su enemigo: ¿Para qué seguir derrochando los votos de su gente? Médicis aceptó votar por el candidato de Colonna siempre y cuando los Colonna le votaran a él en caso de que su candidato no saliera elegido. Se guardó la promesa escrita de Pompeo y esperó tranquilamente la próxima votación. Él sabía, y Pompeo no, que los franceses no tenían intención de votar por el hombre de los Colonna.

Cuando se conocieron los resultados del escrutinio, hubo que impedir físicamente que Colonna atacara al candidato francés. Ciego de ira, le acusó de doble juego, y luego se volvió hacia Médicis balbuceando furioso. Giulio esperó serenamente a que se tranquilizara, y luego se limitó a señalar que esperaba los votos de la facción Colonna, tal y como éste había prometido. Todos los miembros del cónclave sabían que los Colonna habían jurado no votar a Giulio. ¿Cuál de los dos compromisos rompería el infeliz Pompeo?

Pero este continuo agruparse y reagruparse provocó un considerable retraso, y, el 13 de octubre, las omnipresentes turbas romanas hicieron su aparición ante el edificio bramando por un papa. El

cónclave respondió con un irritado mensaje: «En vista de que ya habéis tolerado un papa extranjero, os daremos otro: vive en Inglaterra». Esta despectiva alusión se refería al cardenal Wolsey, quien, al comienzo del cónclave, había creído tener el nombramiento en el bolsillo. Los romanos replicaron con un lenguaje parecido: «No nos importaría aunque fuera un leño... Simplemente, dadnos uno».¹

A estas alturas, los padres de la ciudad estaban ya muy preocupados por los peligros inherentes a un cónclave demasiado largo. La ley dejaba la organización del cónclave en manos de las autoridades civiles, así que los magistrados, hasta entonces muy tolerantes, pusieron en marcha los mecanismos previstos para acelerar el proceso. La constitución que regía el cónclave establecía que los cardenales ocuparan un salón común con puertas y ventanas tapiadas. Se dejaba practicable un pequeño postigo lo bastante grande para permitir el paso de las bandejas de la comida. El hecho de que los tres cardenales franceses hubiesen podido penetrar en el cónclave una vez iniciado indica que las disposiciones sobre tapiado de huecos no se habían cumplido enteramente. Y, desde luego, todos los cardenales se mantuvieron en abierta comunicación con el mundo exterior durante las seis semanas que duró el cónclave, recibiendo y enviando información e instrucciones.

Pero los magistrados de la ciudad podían ejercer presiones adicionales, y muy poderosas, sobre los cardenales: la comida de los cardenales se reduciría en cantidad y calidad si no salía elegido un papa en el plazo de tres días. Los magistrados decidieron observar al pie de la letra esta disposición. A partir del 4 de octubre, la dieta de los cardenales fue reducida a un solo plato en las comidas del mediodía y la tarde, con la amenaza de que cinco días después el menú constaría exclusivamente de pan, vino y agua.

La privación y la amenaza no tuvieron más efecto que incrementar las tensiones internas. Después de casi un mes sin aire fresco ni luz natural, hasta los miembros más jóvenes del Sacro Colegio empezaron a sufrir claustrofobia, y la mayoría eran hombres bastante viejos. Los franceses se rebelaron contra aquellas imposiciones, protestaron por la suciedad en que tenían que vivir, y exigieron que se les permitiera hacer un poco de ejercicio en los jardines de Belvedere todos los días. El cónclave sufrió una breve suspensión mientras los domésticos inspeccionaron las celdas y las limpiaron, pero cuando se reanudó volvieron las rigurosas condiciones de antes.

La dieta de pan y agua contribuyó probablemente a forzar la

1. State Papers, Henry VIII, VI, n. 4.

decisión de los cardenales, aunque seguramente tuvo más efecto la noticia de que la guerra había estallado de nuevo entre Francia y España, y que las fuerzas del emperador habían logrado una victoria espectacular. Pompeo Colonna no tenía ahora ninguna duda sobre cuál de los dos juramentos debía romper. Los miembros de su facción se desligaron precipitada y mutuamente del juramento de que no votarían a Giulio de Médicis, y, el 17 de noviembre, éste consiguió la mayoría necesaria para adoptar el nombre de Clemente VII. El embajador español transmitió jubilosamente la noticia a su señor. «Este papa es completamente una criatura de Vuestra Majestad, tan grande es el poder de Vuestra Majestad que hasta las piedras se transforman en niños obedientes.»² Quizás hubiera sido mejor para la paz de Italia que el nuevo papa hubiera sido esa sumisa criatura del emperador.

El papa León X, el Médicis legítimo, parecía más un carnicero que un aristócrata; el papa Clemente, el Médicis ilegítimo, era la imagen perfecta del noble caballero. Había heredado de su madre anónima una curiosa elegancia física: alto, esbelto y bastante guapo a pesar de una ligera nube que oscurecía su ojo izquierdo. Pero así como la rica personalidad de León había compensado su poco atractivo aspecto, la pobreza de espíritu de Clemente le privaban de majestad. Su rostro aparecía constantemente sombrío, permanentemente suspicaz. Según Guicciardini, «Era bastante bronco y desagradable, tenía reputación de avaricioso, y ni por sombra era digno de confianza ni naturalmente inclinado a la bondad»,³ dura aunque exacta descripción de un hombre que sentía por él un sincero afecto.

Sin embargo, a pesar de su falta de popularidad personal, Clemente inauguró su reinado con un enorme crédito de buena voluntad. Durante el breve pero lúgubre pontificado de Adriano, los artistas y escritores habían desaparecido del Vaticano camino del palacio de los Médicis, donde mantuvieron viva la llama de la Edad de Oro hasta que pudiera lucir de nuevo en un ambiente más propicio. Clemente, tanto de cardenal como de papa, dio toda la impresión de que pensaba hacer también de mecenas. Sin duda fue una coincidencia que el mismo día de su elección se reanudara el trabajo en la inacabada *Sala de Constantino*, iniciada por Rafael en el Vaticano, pero era un buen augurio para el futuro.

Una vez más, Clemente siguió el camino trazado por León permi-

2. Bergenroth, II, n. 610.

3. Guicciardini, *Storia*, XX, 417.

tiendo a sus pintores de corte que le representaran bajo el disfraz de alguna figura heroica del pasado: en el *Bautismo de Constantino* aparece como el casi legendario san Silvestre, supuesto heredero del Imperio de Occidente, pretensión que el pontificado de Clemente transformaría en sarcasmo. Le faltaba el instinto que tenía León para descubrir nuevos talentos. Su arte preferido era la orfebrería, y la amistad que le unía a Benvenuto Cellini, el genio camorrista y violento, es uno de los aspectos más extraños de su vida. En su turbulenta *Autobiografía*, Cellini —que siempre prefirió destruir una reputación a construirla— no tiene sino buenas palabras para un papa execrado por casi todos los demás escritores. Clemente parecía casi feliz cuando se encontraba en compañía de Cellini. Manejando un broche, discutiendo con calor el diseño de un vaso, Clemente se sentía quizás en su elemento.

Las cualidades de Clemente como subordinado fueron sus defectos como gobernante. La gente admiraba su capacidad administrativa como cardenal, pero esa capacidad había sido un simple instrumento de la política de León. Ahora tenía que elaborar su propia política, tenía que tomar decisiones. Y fracasó. Marco Foscarini, el embajador veneciano ante la curia, observó de cerca a Clemente durante más de cuatro años y trazó para su gobierno uno de sus incisivos retratos.

El papa tiene cuarenta y ocho años; es un hombre sensato pero de decisiones lentas, lo cual explica sus vacilaciones a la hora de actuar. Habla bien, lo ve todo, pero es muy tímido. No soporta ningún control en los asuntos de Estado: escucha a todo el mundo, pero luego actúa como mejor le place. Es justo y temeroso de Dios. Si firma una petición, nunca la revoca, como hizo el papa León con tantas de las que firmó. No retira ningún beneficio ni los da en simonía. No enajena nada ni regaló propiedades ajenas. Pero es considerado avaricioso. Sin embargo, el papa León era muy liberal, regalaba y daba mucho, pero este papa es lo contrario, y por eso la gente refunfuña en Roma. Hace muchas limosnas, pero a pesar de ello no le quieren. Es muy abstemio y le es extraña toda lujuria. No escucha canciones ni músicas, y nunca se permite cazar ni cualquier otra diversión. Desde que es papa, sólo ha salido dos veces de Roma para ir a Magliano, y visita muy pocas veces su viña, que está sólo a dos millas. Todo su placer consiste en charlar con los ingenieros sobre las obras de riego.⁴

4. Alberi, *Relazioni*, 126.

A Clemente le faltaba ese encanto de los Médicis que había permitido a León convencer a los más reacios, incluso cuando le faltaba la razón. Aquellas mismas virtudes de sobriedad y frugalidad fueron estigmatizadas como frialdad y avaricia, como señaló Foscari. Estaba obligado a ser frugal porque había heredado un tesoro en bancarrota. León hubiera resuelto el problema pidiendo más préstamos; algún banquero, en alguna parte, hubiese aceptado sus fáciles promesas. Clemente luchó con aquel problema lo mejor que supo, pero si hubiese intentado obtener un crédito, ningún banquero habría confiado en él a pesar de que su probidad financiera era mucho mayor que la de su primo. Foscari, con su oído siempre alerta para recoger el estado de la opinión pública, resumió el efecto de su parsimonia: «La gente refunfuña en Roma». Los romanos, que esperaban una vuelta a las saturnales de los Médicis, se sintieron estafados. No se rebelaron, simplemente se disociaron de él, y por eso Clemente se encontró completamente solo cuando llegó la hora de la verdad.

Pero la incapacidad de Clemente para inspirar lealtad no es nada comparada con su mayor defecto: su incapacidad para tomar decisiones. Quizá la causa fuese una sensibilidad excesiva, una imaginación demasiado viva: cuando llegaba a la solución de un problema, veía inmediatamente con claridad meridiana los problemas que provocaría inevitablemente esa solución; intentaba siempre anticiparse, y sólo conseguía perderse en sus vacilaciones. Los venecianos le bautizaron burlescamente con el apodo de «Quiero y no quiero». Francesco Guicciardini, que había conocido y respetado al cardenal, llegó a despreciar al papa. Ante la perentoria llamada de Clemente, Guicciardini llegó a Roma a finales de la primavera de 1525, cuando el choque con España era inminente, para poner a disposición del papa su vasta experiencia política.

Guicciardini cumplió bien su misión. Dirigió al pontífice una serie de notas redactadas en términos notablemente sinceros. Al menos Clemente no podía quejarse de que la adulación le había mantenido en la ignorancia de la situación real de las cosas. Guicciardini, tras esbozar con lucidez el problema del momento, insistía una y otra vez en que «malo es tomar una mala decisión, pero peor es no tomar ninguna». Para Clemente, una cosa debía de estar muy clara: si ofendía a un hombre por favorecer a otro, bien, eso es inevitable, pero al menos se aseguraría el apoyo de la parte favorecida. Pero si intentaba agradar a todos al mismo tiempo, el desastre sería inevitable.

Nada ilustra mejor las dolorosas vacilaciones de Clemente que

el sucio asunto del divorcio de Enrique VIII de Inglaterra. Enrique quería desembarazarse de su esposa Catalina alegando que el matrimonio anterior de ella con su hermano se había consumado, y que, por tanto, el matrimonio con él era técnicamente incestuoso. Todos sabían perfectamente que la razón real era que el rey quería casarse con otra, pero Enrique decía que no le estaba pidiendo a Clemente que sentara un precedente escandaloso. Lo que estaba pidiendo era lo mismo que Rodrigo Borgia había concedido a su hija Lucrecia.

Clemente estaba deseando complacer a Enrique, porque ¿acaso no había acudido el rey inglés a defender de buena gana, aunque dándose demasiada importancia, el Papado contra Lutero y había merecido que el agradecido León le concediera el resonante título de «Defensor de la Fe»? Pero si complacía a Enrique, automáticamente se atraería la hostilidad de Carlos V, el formidable sobrino de Catalina. Y, además, Catalina seguía negando contra viento y marea que se hubiera consumado el primer matrimonio. ¿Y quién era capaz de averiguar la verdad? ¿Había que dejar a Catalina por embustera, o había que cubrir de infamia el nombre de su primer marido? El despreciado Adriano VI habría cortado por lo sano rechazando la petición de Enrique, pero Adriano tenía la limitada visión de un pastor espiritual, mientras que Clemente, para su desgracia, se atormentaba ante el espectáculo de las imprevisibles consecuencias políticas. Como primera providencia, envió un breve secreto a Enrique y a Wolsey, accediendo en principio a los deseos del rey, si se podía probar la consumación. Después se volvió bruscamente atrás, contemporizó, buscó nuevos consejos, y al final perdió no sólo la dudosa fidelidad de Enrique, sino el respeto de la mayoría de los ingleses que, si hubiese actuado de otro modo, no habrían dudado ni un momento de que la cabeza de la Iglesia de Inglaterra residía en Roma, no en Londres.

Guicciardini se dio cuenta de todo esto, se desesperó y acabó condenando al papa, como tantos otros. En cuanto al problema, más importante entonces, de la lucha entre Francia y España, estaba convencido de que la mayor parte de las dificultades de Clemente tenían su origen en el hecho de que sus dos consejeros favoritos, Giammatteo Giberti y Nicholas von Schomberg, simpatizaban respectivamente con el bando francés y el imperial. Según Guicciardini, Giberti era el «corazón del papa», pues los unía una fuerte afinidad personal. Giberti también era ilegítimo, hijo de un marino genovés; y también había vivido en el palacio de los Médicis y se había beneficiado de los favores de Lorenzo. Clemente le nombró secretario de

Estado, una elección honorable, pues Giberti era un hombre honorable como lo era Schomberg.

Pero hasta en esto Clemente fue víctima de sus propias virtudes. Sus dos honorables consejeros, honorablemente nombrados, tiraban de él en direcciones exactamente opuestas. Nada de lo que hiciera Francia estaba mal para Giberti; Schomberg estaba convencido de que la salvación de Italia y de su Alemania natal residía en un poderoso emperador. Siempre que uno de los dos conseguía que su ascendencia prevaleciera temporalmente, Clemente, también temporalmente, se inclinaba hacia el lado opuesto.

La tormenta

Los dos hombres que iban a decidir el destino del papa Clemente VII no habían cumplido los treinta años de edad en 1523. El emperador Carlos tenía veintitrés, y Francisco de Francia, veintinueve. Pero su juventud era lo único que tenían en común, y aun eso era engañoso: Carlos no había sido nunca joven, y Francisco no llegó nunca a madurar.

Francisco era el típico monarca tan frecuentemente producido por Francia para su progreso cultural y su retroceso político. Muy inteligente, lo bastante culto para pasar por erudito en una corte de aduladores, le cegaba, sin embargo, la doctrina que acabaría por llevar la monarquía francesa a la ruina: el rey, en sus juicios, estaba más allá y por encima de las leyes humanas. Tenía una excelente opinión de sí mismo, mantenida y alimentada por su madre, Luisa de Saboya, una mujer tan necia en todo lo que la concernía como astuta en lo demás. Luisa actuó como regente de una Francia taciturna, mientras su hijo buscaba «honor» en unas campañas militares tan brillantes como inútiles. Fue Luisa quien organizó el fantástico Campo de la Tela de Oro para que su hijo pudiera posar con todo su fatuo esplendor ante el rey inglés. Y fue Luisa quien, en contra de sus opiniones más sensatas pero, queriendo gratificar la vanidad de su hijo, recogió el dinero que permitió a Francisco participar en la ruinosa subasta de la corona imperial. Enrique VIII de Inglaterra entró también en la puja, pero se retiró prudentemente cuando vio el precio colosal que los electores exigían por su apoyo. Francisco, con su madre detrás, pujó sonriente más y más alto, llevando las deudas reales a su apogeo, empujando los impuestos a niveles peligrosamente altos para poder mantenerse al nivel de los otros concurrentes.

Pero Carlos V acabó vencién-dole, porque estaba respaldado por los cofres sin fondo de la casa más fuerte de Europa: los Fugger. La generosidad fríamente calculadora de los Fugger es el mejor índice posible de la posición relativa de los dos jóvenes. La corona le costó a Carlos más de medio millón de piezas de oro y la enemistad de Francisco. Un choque entre los dos monarcas más importantes de Europa era siempre probable, pero la probabilidad se convertía en certidumbre cuando uno de los dos era un joven orgulloso que se creía frustrado en sus derechos.

El emperador Carlos había nacido para ser grande. En él confluían líneas reales cuyas ramificaciones cubrían toda Europa. En 1506, a los seis años de edad, heredó los Países Bajos de su padre; a los dieciséis cayeron en sus manos Nápoles y una España unida, a través de su madre; a los diecinueve se convirtió en archiduque de Austria por la muerte de su abuelo, el emperador Maximiliano. Y ahora, que era ya emperador, las vastas pero borrosas pretensiones imperiales se vieron reforzadas por primera vez en varios siglos con el poder auténtico de una monarquía territorial.

Pero Carlos no sólo había nacido para ser grande. Hubiera alcanzado la grandeza aun sin las ventajas accidentales de la herencia. Fue un hombre que treinta años después, en el cenit de su poder, abdicaría por propia voluntad, volviendo deliberadamente la espalda a todos los esplendores que había creado, para pasar sus años de ocaso como un simple ciudadano. Tenía un inmenso valor físico y moral, y era capaz de llevar a su conclusión lógica los más complicados y azarosos asuntos de Estado; pero era capaz también de jugarse la vida y la corona en una sola batalla.

La guerra era para él un medio, no un fin, como para Francisco. Después de la batalla de Pavía, tras haber aplastado prácticamente a su gran adversario, declinó hacer las ostentosas celebraciones tradicionales. En lugar de eso, rezó, como rezaba todos los días de su vida. Era un cristiano humilde y devoto que soportaba la tremenda carga del poder como un deber, como si encontrara muy poco placer en ello. Podía ser inflexible y duro en sus juicios cuando la política así se lo exigía, pero supo ganarse el amor de todos los que le sirvieron. Con una cultura menos espectacular que la de Francisco, sabía reconocer la grandeza cuando la veía. Tiziano se benefició de su protección y la pagó con interés compuesto en aquellos retratos geniales que reflejan fielmente el alma del hombre: la ironía, el humor, la tolerancia fundamental que da la fealdad, el inolvidable atractivo de aquel rostro carilargo.

Clemente VII, atrapado entre esos dos hombres, se encontró en

una posición imposible desde los primeros días de su pontificado. El conflicto entre los dos monarcas era inevitable; tan inevitable como el hecho de que solventarían sus diferencias en Italia, pues los dos eran demasiado fuertes para sufrir un ataque en su territorio patrio, y los dos reclamaban el rico ducado de Milán. El sentido común le decía a Clemente que debía ponerse al lado del emperador. Debía su elección en gran parte al apoyo de Carlos, y, sólo unos años antes, su primo León había hecho causa común con los españoles para expulsar a los franceses de Italia.

Pero Carlos, Rey de España, era algo muy distinto a Carlos, Emperador de Alemania. El Rey de España era un aliado; el Emperador podía convertirse con suma facilidad en un amo. Legalmente hablando, Carlos podía reclamar no sólo Milán, sino Nápoles, y, si consolidaba sus posiciones en el Norte y Sur de Italia, los Estados Pontificios quedarían a su merced. Precisamente para defender estos territorios, el Patrimonio de San Pedro, Clemente empezó a realizar el mismo juego que León, más afortunado, había practicado con tanto éxito: amenazar a Carlos con Francisco, y, cuando era necesario, a Francisco con Carlos. La cadena de acontecimientos que siguió culminaría en la destrucción de Roma.

Durante los primeros meses de su pontificado, Clemente se aferró a una inestable neutralidad; pero, cuando todavía estaba negociando con Carlos, concluyó una alianza con Francisco. Cuando Carlos se enteró de aquel engaño, sus cortesanos presenciaron un espectáculo muy poco frecuente: el emperador furioso. «Entraré en Italia —gritó— y me vengaré de aquellos que me han injuriado, sobre todo de ese papa loco. Quizá Martín Lutero no estaba tan equivocado.»^s

En el otoño de 1524, dieciocho meses después de la elección de Clemente, dos grandes ejércitos convergían sobre Milán. Francisco llegaba del Norte, arrastrando grandes piezas de artillería a través de los Alpes en una épica marcha que despertó la admiración de Europa; a Francisco le encantaban los gestos teatrales. Los imperiales llegaban del Sur, lenta, torpemente, abatidos por el descalabro sufrido frente a Marsella. A su frente iba el condestable de Borbón, que había traicionado a su rey tras una violenta disputa y ahora servía al emperador. Francisco se lanzó en tromba sobre Milán. La guarnición huyó, y los franceses se encontraron una vez más dueños del ducado. Impresionado, Clemente firmó un desastroso tratado se-

5. Leva, II, 233.

creto con el poder francés, temporalmente en auge. Francisco prometió mantener sus manos alejadas de los Estados Pontificios y proteger el gobierno de los Médicis en Florencia. A cambio, Clemente le reconocería como duque de Milán y permitiría el paso del ejército francés por sus Estados para que atacaran a los españoles de Nápoles.

Deslumbrado por la tumultuosa entrada de los franceses en Lombardía, el ejército imperial se detuvo; pero, a principios de febrero, se puso de nuevo en movimiento. Ahora le llegó el turno al ejército francés, acampado frente a Pavía, de batirse a la defensiva. Los generales de Francisco aconsejaron a éste que se retirara inmediatamente hacia el Norte, a Milán, y que dejara en manos del hambre la destrucción de los ya mal aprovisionados imperiales. Clemente unió sus consejos a los de los generales. Ya estaba arrepentido de haberse aliado abiertamente con aquel joven tozudo que, al contrario que Carlos, seguía pensando en la guerra en términos de gloria y honor. La inminente batalla no sería una simple escaramuza entre avanzadillas, sino un choque frontal entre Francia y España. Quien perdiera la batalla, lo perdería todo. Y si Francisco se hundía, Clemente sería arrastrado al fondo con él. En Roma, el leal Giberti se llevó aparte al nuncio papal ante Francisco y le suplicó que utilizara toda su influencia para impedir el choque. Que Francisco no confiara demasiado en sus tratados: he aquí el mensaje implícito en su consejo. «De la misma forma que ningún marinero arrostra la tormenta en mar abierto con una sola ancla, así tampoco el papa, aunque confía en la fuerza del Rey de Francia, lo arriesgará todo al lance único de una batalla ante Pavía.»⁶ Aquella complicada metáfora era simplemente una reafirmación de la política preferida de los Médicis: hacer promesas simultáneas a las dos partes. Si Francisco fallaba, Clemente le abandonaría rápidamente.

Francisco se lo jugó todo a una carta, y perdió. El 25 de febrero, en una encarnizada batalla ante las murallas de Pavía, el ejército francés fue destruido, su rey capturado, y el equilibrio de poder en Italia —en toda Europa— roto en favor del emperador. Clemente recibió la terrible noticia al día siguiente por la tarde. Era hombre muerto, anotó un observador. No sólo estaba Roma a merced de las fuerzas imperiales si éstas decidían avanzar hacia el Sur, sino que las luchas intestinas, tanto tiempo dormidas, estallaron de nuevo en la ciudad, cuando los pro-imperiales Colonna cayeron sobre sus enemigos los Orsini, que habían unido su suerte a la de los fran-

ceses. Los que temían a Carlos culparon de todo al infortunado Clemente. Hasta Alessandro Farnese, el «Cardenal Faldero», hizo una pausa en su ronda de placeres para contribuir a los ataques que se acumulaban sobre el papa. «Ese querer y no querer ha traído el resultado inevitable. Toda Roma está asustada, y teme la ruina que fácilmente puede seguir.»⁷

Pero la ruina no siguió inmediatamente, porque Carlos, a pesar de encontrarse todavía en España, controlaba con mano firme los acontecimientos de Italia. Quería un aliado, no una víctima hosca que alentara en secreto la hostilidad contra él. En consecuencia, propuso una alianza a Clemente, creyendo que el papa había aprendido la lección. Ágil como siempre que se trataba de aprovechar una ventaja transitoria, Clemente aceptó: el 1 de abril de 1525, a los tres meses justos de haber firmado su pacto con Francisco, firmó otro tratado que, en el fondo, se limitó a colocar el nombre del emperador donde había estado el del rey francés. Se reconocía a Carlos como señor de Milán, con derecho a conceder el ducado a quien quisiera. A cambio, colocaría bajo su protección los Estados de la Iglesia y garantizaría la continuidad del predominio de los Médicis en Florencia, por cuyo privilegio los florentinos tenían que pagar la suma de 100.000 florines.

Italia tuvo que tascar la brida del emperador, pero éste manejó las riendas con guante blanco. Satisfecho de haber establecido sus derechos sobre Milán, restauró en el ducado a los Sforza. Por lo visto, ni su agudo cerebro pudo concebir la posibilidad de que Clemente retrocediera deliberadamente hacia el borde del abismo. Claro que pocos actos de Clemente merecieron el calificativo de deliberados. Durante aquel inacabable verano de 1525, los signos del poder imperial eran visibles en todas partes. Clemente buscó febrilmente la forma de alejarlos, pero todos los planes de su angustiada exploración sólo servirían para provocar nuevos peligros. Maquiavelo, lúcido como siempre, resumió con precisión la situación en que se encontró Clemente desde el comienzo de su pontificado. «La Iglesia, que poseía una soberanía temporal en Italia, no era lo bastante fuerte para unir al resto de Italia bajo su cetro, pero temía perder ese dominio temporal llamando a un potentado para que la defendiera contra los poderosos del país.»⁸ Cualquier movimiento abierto por parte de Clemente podía poner en peligro la seguridad del Patrimonio de San Pedro. Desesperado, se dejó envolver en esa expresión primaria de la política italiana: el complot.

7. *Ibid.*, I, 155.

8. Maquiavelo, *Discorsi*, I, cap. XII.

El secretario de Francesco Sforza, el nuevo duque que gobernaba en Milán gracias a la benevolencia del emperador, era Girolamo Morone, un político muy hábil, muy experimentado y absolutamente falto de escrúpulos. El ilimitado poder de que ahora gozaban los Sforza se debía en buena parte a sus esfuerzos. Examinando el complicado tablero político de Italia, Morone llegó a la conclusión de que el camino más fácil para salir de la situación era seducir al comandante en jefe de las fuerzas imperiales, el marqués de Pescara, italiano de nacimiento aunque ahora se mostrara como un leal servidor del emperador. Si se le ofrecía a Pescara una recompensa lo bastante tentadora —la corona del reino de Nápoles, por ejemplo—, el emperador perdería de la noche a la mañana toda su fuerza militar en Italia. Morone expuso su proyecto a Clemente. El doble juego que suponía era lo más indicado para atraer a un Médicis, y Clemente lo hizo suyo. Coronaría a Pescara rey de Nápoles si traicionaba a su señor y entraba en una alianza italiana contra él.

Pescara escuchó atentamente las propuestas que le hicieron; escuchó; aceptó en principio; pidió más detalles, y mantuvo constantemente informado al emperador de lo que estaba ocurriendo. Un índice de la confianza de Carlos en su propia habilidad para elegir lugartenientes es que dejara el asunto enteramente en manos de Pescara, quien golpeó en el momento preciso. Morone, convencido de que todo marchaba según su plan, aceptó una invitación para conferenciar con Pescara y fue arrestado. Entonces salieron a la luz todos los detalles del absurdo complot. En lugar de la expulsión de los imperiales de Milán, Sforza perdió su pequeño feudo, pues le desposeyeron del ducado por vasallo felón. Las tropas españolas ocuparon permanentemente y sin disimulos Milán y todas las ciudades del ducado. Clemente maldijo amargamente el nombre de Pescara. «Doble traidor», le llamó, ignorando convenientemente su propio y elástico código. Esperó lleno de nerviosismo la reacción del emperador, pero no se produjo ninguna. Carlos había cerrado su puño sobre Italia, y de momento se daba por satisfecho con eso. Italia era sólo uno de sus muchos problemas. Clemente, alentado por este silencio, insistió en sus desatinos.

El rey Francisco reaccionó ante el desastre de su encarcelamiento de forma muy característica en él. Como rey de Francia, sus deseos habían sido leyes. Como prisionero, se veía reducido a la condición de ser humano ordinario. Y eso era algo que Francisco no podía tolerar. «Todo se ha perdido menos el honor», fue el mensaje

que envió a su madre tras su captura. Pero el concepto que tenía Francisco del honor era muy personal: honor era lo que le permitía expresar su personalidad sin la interferencia de las acciones ajenas. Llevaba ya un año prisionero cuando Carlos le ofreció la libertad en condiciones muy duras. Según la ley de conquista, afirmó Carlos, podía reclamar toda Francia. Sin embargo, se contentaría con recuperar lo que era suyo. Carlos sabía muy bien que no sería capaz de mantener al gran reino de Francia en la condición de Estado vasallo, pero Francisco estaba tan ansioso de recuperar su libertad que aceptó las condiciones. Entregaría Borgoña a Carlos y renunciaría a todas sus pretensiones en cualquier parte de Italia. Génova, Asti, Nápoles, Milán... Generaciones de franceses habían derramado su sangre para respaldar las pretensiones reales a esos territorios italianos. Francisco se comprometió a extirpar aquellos recuerdos de la mente de los franceses. Lo prometió todo bajo juramento y fue liberado. «¡Otra vez soy rey!», gritó triunfante al poner pie en suelo francés. Dejó a sus dos hijos menores como rehenes, pero había hecho una reserva mental al formular el juramento: No tenía la menor intención de cumplirlo.

El nuncio papal salió de Roma al encuentro de Francisco cuando éste se encontraba todavía camino de su patria. Clemente quería saber, y con urgencia, si el joven rey estaba dispuesto a cometer perjurio. Había tenido que jurar bajo coacción, por lo que el papa le absolvería de buen grado si empuñaba nuevamente las armas contra el emperador. Francisco no necesitaba los estímulos de los italianos para reanudar la peligrosa partida; le agradaba saber que el sumo pontífice estaba dispuesto a absolverle del pecado de perjurio, pero eso no era lo importante. Toda Europa pensó que Carlos debía sufrir una locura momentánea cuando aceptó como buena la palabra de Francisco en esas circunstancias.

El 22 de mayo de 1526 se constituyó en Cognac una santa alianza integrada por el Papado, Venecia, Milán y Francia, dirigida contra el emperador Carlos V. Clemente se había comprometido en una guerra que hubiera superado incluso la capacidad del terrible y belicoso Julio II.

«Esta guerra no es por un punto de honor, ni por una venganza, ni por la ocupación de una ciudad; esta guerra afecta al bienestar, o a la servidumbre eterna de toda Italia.»⁹ Así se confiaba Giberti

9. Ruscelli, I, 160.

con un amigo, exultante porque al fin se había lanzado un desafío directo al emperador, porque al fin Italia se alineaba al lado de su amada Francia. Pero no fue el egregio Giberti el único en alegrarse. Guicciardini consideró que toda Italia deseaba aquella guerra como la operación quirúrgica dolorosa pero necesaria para zafarse de la opresión del bárbaro. Más tarde lamentaría amargamente aquella apreciación. Maquiavelo la saludó también como la tan esperada guerra de liberación. «Por el amor de Dios, no dejemos pasar de largo esta oportunidad»,¹⁰ le escribió a su amigo Guicciardini. El yapa, en esta ocasión al menos, se mantenía firme en el buen camino. Maquiavelo, el eterno optimista, convenció a Clemente de la conveniencia de su plan para resucitar las armas y las virtudes de Italia mediante la creación de una milicia italiana, en lugar de seguir confiando en los traicioneros mercenarios. Clemente se entusiasmó al principio con la idea, pero luego la rechazó. Aún no se había declarado la guerra; las negociaciones eran todavía posibles; no había por qué irritar a Carlos innecesariamente. Maquiavelo volvió entristecido a Florencia para supervisar el fortalecimiento de las defensas de la ciudad, y allí quedó enredado en las mallas de las preocupaciones y temores a larga distancia de Clemente, quien, incluso en esta crisis decisiva, pensaba ante todo en Florencia, la sede del poder de su familia. Maquiavelo tuvo que suplicar a Guicciardini que utilizara su influencia ante el papa y le dijera que, al menos en materia de defensa urbana, «no sabía de lo que estaba hablando».

Por una de esas ironías de la Historia, Clemente el vacilante se encontró representando el papel de caudillo patriótico, de jefe de un movimiento nacional. El emperador podía ejercer un control político general sobre las heterogéneas fuerzas que tenía en Italia, pero no podía supervisar previamente todas y cada una de sus acciones. Y los imperiales trataban a Italia como el país ocupado que era. En particular los españoles destacados en Milán se hicieron acreedores a un odio feroz aunque impotente, pues la soldadesca estaba acuartelada en casas particulares y trataba como esclavos a sus involuntarios anfitriones. Todas las localidades ocupadas por los imperiales tenían una interminable lista de asesinatos y violaciones, de pillaje incesante. Los italianos llevaban más de una generación sufriendo el dominio de señores extranjeros; la rebelión era inevitable, pero resultó trágico que se produjera en el pontificado de Clemente VII.

Carlos hizo un esfuerzo por establecer buenas relaciones con

10. Maquiavelo, *Le lettere familiari*.

Clemente, pero éste, espoleado por sus consejeros nacionalistas, rechazó arrogantemente todas sus propuestas. El 20 de junio, el embajador español salió furioso del Vaticano. Fuese por casualidad o deliberadamente, montó en la grupa de su caballo a su bufón, quien se dedicó a gritar obscenidades a los taciturnos italianos. Tres días después, todavía en la cresta de aquella nueva ola de determinación, Clemente escribió una áspera carta a Carlos detallando sus agravios, denunciando todas las acciones del emperador y, naturalmente, justificando todas las suyas.

La carta fue enviada a Baltasar Castiglione, el nuncio pontificio ante la corte imperial; Castiglione, el amable italiano cuyas virtudes eran reflejo de las que él mismo exigía a todo caballero cristiano, se quedó horrorizado. Durante los febriles meses anteriores, había intentado enfriar la atmósfera de Roma y presentar el caso del emperador de una forma racional. Si Castiglione hubiese estado cerca del papa, sin duda Clemente habría añadido los consejos del nuncio a todos los demás; pero en la distante España no era más que el receptáculo de unas instrucciones desastrosas. El horror de Castiglione habría sido mucho mayor si se hubiera enterado de que Clemente se arrepintió dos días después de haber escrito semejante carta y había despachado apresuradamente una misiva más conciliadora. Pero era demasiado tarde. Obediente a sus instrucciones, aunque lamentándolas, Castiglione había transmitido ya el contenido de la primera carta.

La gran guerra por la liberación de Italia empezó, se desarrolló y acabó desastrosamente. El primer y persistente error de Clemente fue nombrar al duque de Urbino comandante en jefe de los ejércitos pontificios. Sin duda se debió a la insistencia de Venecia, la última potencia realmente independiente que quedaba en Italia. Clemente se vio obligado en muchas ocasiones a avanzar por el camino que señalaban los venecianos. Pero hubiera sido mucho mejor para él ejercitar la legendaria memoria de los Médicis y recordar que el duque de Urbino había sido despojado por un miembro de su familia. El duque se puso al frente de un gran ejército. Mientras tanto, en Milán estalló una revuelta que fue ahogada en sangre. Aquel resultado fue el primer fruto de las mutuas y profundas sospechas que debilitaron fatalmente la santa alianza contra Carlos.

La agonía de Milán quedaba lejos, pero Clemente se vio sometido casi simultáneamente a una humillación y a un peligro personal e inmediato. Los Colonna desencadenaron un ataque contra la propia Roma. La antigua semilla gibelina estaba dormida, no muerta; ni siquiera el gran Bonifacio VIII había sido capaz de destruirla. Y aho-

ra, en el débil pontificado de Clemente, echaba vigorosas y profundas raíces.

El caudillo de la incursión fue el cardenal Pompeo Colonna, rival de Clemente en el cónclave y tan leal partidario del emperador como le era posible a un Colonna. Los atacantes penetraron al galope en Roma en la mañana del 20 de septiembre, y los romanos les dieron la bienvenida como si se tratara de la cabalgata anunciadora de un circo. Cinco mil hombres se congregaron ante el palacio de los Colonna para descansar un poco tras su furiosa carrera a través del país y para planear el asalto al Vaticano. Clemente apeló al pueblo para que le defendiera. Pero el pueblo se hizo el sordo, como Marco Foscarini, por lo menos, había supuesto ocurriría. Clemente, en un último espasmo de dignidad, anunció que se enfrentaría a sus enemigos como se había enfrentado Bonifacio a aquellos mismos Colonna en Anagni: vestido de pontifical, coronado y entronizado. Pero se lo pensó mejor en el último momento y se retiró a Sant'Angelo, donde aguardó tembloroso mientras las fuerzas mandadas por un cardenal de la Iglesia de Cristo saqueaban las iglesias cristianas de Roma sin respetar siquiera la basílica de San Pedro. Durante el resto del día y todo el siguiente, los soldados de Colonna saciaron su crueldad y su sed de botín. Los romanos, tardíamente, tuvieron motivos para lamentar su pasividad: personajes civiles y eclesiásticos fueron secuestrados y tuvieron que pagar rescate, y sufrieron saqueos tanto las casas particulares como las iglesias.

El 21 de septiembre, a media tarde, Clemente firmó un improvisado tratado con el embajador español, que había vuelto sin su bufón pero triunfalmente. El papa se comprometió a abandonar a sus aliados durante cuatro meses y a perdonar a los Colonna. Los invasores se retiraron de mala gana y todo parecía indicar que el peligro había pasado. Pero la razzia de los Colonna no fue sino el prelude de la tragedia.

El saco de Roma

El 7 de diciembre de 1526, menos de seis meses después de haber escrito su vibrante llamada a las armas, Giberti confió tristemente al nuncio pontificio en Inglaterra que «estamos al borde de la ruina. El Destino ha desatado sobre nosotros toda clase de males, de suerte que es imposible aumentar nuestra miseria. Me parece que se ha firmado ya la sentencia de muerte contra nosotros y que sólo nos queda esperar su ejecución, la cual no puede tardar mucho».¹¹

El armisticio que le habían arrancado a Clemente no había durado ni siquiera su breve plazo de cuatro meses. Acosado por los reproches de sus aliados, presionado por las protestas y las fieras promesas de Francisco, Clemente volvió al papel de patriota italiano. Hubo algunos éxitos iniciales en la sangrienta guerra de Lombardía, pero sus aliados le traicionaron. El duque de Ferrara se pasó al campo del emperador, el duque de Urbino continuó complicándolo todo con sus tácticas equívocas, y de Francia no llegó ninguna ayuda. Clemente soportó muy mal aquella sucesión de golpes. «A menos que cambie algo, hará una paz por separado o abandonará —escribió el embajador milanés—. Tengo la impresión de que es un hombre enfermo al que han desahuciado los médicos. No llegan noticias de Francia y eso desespera a todos.»

El embajador se equivocaba al pensar que Clemente consideraba la posibilidad de huir de Roma; no tenía ningún sitio donde refugiarse. Carlos había contestado al fin a la carta del pontífice en un lenguaje tan destemplado como el de Clemente. Acusaba al papa de haber hundido a Italia en la guerra, de ser el culpable de que

11. Ruscelli, II, 20.

corriera la sangre de cristianos por defender unas posesiones terrenales que no lo merecían. Esgrimía ante él la amenaza de ese concilio que pendía sobre las cabezas de los papas desde el siglo xv, cuando los concilios habían conseguido resolver el escándalo del cisma. Clemente sabía demasiado bien a quién le transferirían la tiara: al cardenal rebelde, Pompeo Colonna, que no vacilaría en apoderarse de él si dejara el cobijo de Roma y el último refugio del Papado, el gran castillo de Sant'Angelo.

La situación militar era tan mala como la política. El emperador había echado toda la carne en el asador. Una flota procedente de España se aproximaba ya a las costas italianas transportando refuerzos para proseguir la lucha. Sin embargo, esos soldados eran en su mayoría españoles, enemigos crueles pero católicos. Lo peor era que en el Norte, en Alemania, se alzaba una nueva amenaza: los mercenarios llamados *landsknechts*, que agudizaban las divisiones nacionalistas existentes con un nuevo odio religioso.

El luteranismo era ya en Alemania una fuerza a tener en cuenta, aunque todavía no lo bastante intensa para cortar el místico lazo germano que unía a los hombres con su caudillo tribal. Carlos V era un católico devoto, que después se comportaría como fiero perseguidor de herejes, pero era también Emperador de Alemania y archiduque de Austria; cuando llegó a Alemania la noticia de que el emperador había sido engañado y amenazado por el sacerdote italiano, los *landsknechts* acudieron en masa a alistarse bajo la bandera de su general, el alemán George Frundsberg. La gran victoria imperial de Pavía fue en gran parte obra de este hombre impasible y ya entrado en años cuya lealtad no pudo minar siquiera la magra recompensa recibida por sus servicios.

En Pescara había la suficiente ambigüedad para tentar a un Morone, pero a nadie se le hubiera pasado por la cabeza la posibilidad de seducir a Frundsberg. Hipotecó sus propiedades para aprovisionar una compañía de unos 12.000 *landsknechts* que organizó en el mes de octubre de 1526. Era un ejército demasiado pequeño para lanzar un ataque sobre Lombardía, y los amigos de Frundsberg intentaron disuadirle. Pero aunque los lazos feudales eran todavía bastante fuertes, los *landsknechts* eran mercenarios después de todo, y ciertamente habría problemas si no se recogían pronto los fondos necesarios en Italia. Frundsberg respondió a los consejos con una frase que, procedente de otro hombre, hubiera sido pura retórica: «Muchos enemigos..., mucho honor: con la ayuda de Dios, conseguiremos salvar al Emperador y a su pueblo».

El paso de Frundsberg por los Alpes fue aún más azaroso que

el de Francisco, ya que lo realizó a principios de invierno, cuando la nieve y el hielo hacen doblemente peligrosos los desfiladeros. El general, que había engordado con los años, tuvo que ser empujado y hasta izado materialmente en muchas cuevas mientras su guardia personal levantaba con sus picas una improvisada cerca en el borde exterior de los peligrosos caminos. Sus 12.000 hombres eran en su mayoría jóvenes espadachines, vestidos con incongruentes plumas y calzones anchísimos, que confiaban extraordinariamente en sí mismos y en su comandante. Pero tuvieron que poner a prueba su resistencia. Medio muertos de hambre, exhaustos, se dejaron caer sobre la llanura lombarda para encontrarse allí frente a la única fuerza militar competente de Italia: las compañías de mercenarios conocidas con el nombre de Bandas Negras y mandadas por Giovanni de Médicis.

Giovanni delle Bande Nere era el resonante apodo por el que le conocía casi todo el mundo. Era también un Médicis, aunque pertenecía a la rama segundona de la familia. Clemente, celoso de su creciente fama, le había tratado siempre con desprecio. Pero, en aquel momento de crisis, Maquiavelo había conseguido convencer al papa de que la salvación de Italia a lo mejor estaba en las manos del último de los «condottieri», y Giovanni había recibido el encargo de defender los accesos al valle del Po.

Las Bandas Negras cayeron sobre las avanzadillas alemanas, y seguramente habrían detenido su avance si un afortunado disparo no hubiese matado a Giovanni. Los italianos se derrumbaron al enterarse de la muerte de su jefe. La ruta hacia el Sur estaba libre. Frundsberg envió una petición urgente de dinero al condestable de Borbón, entonces al mando de las fuerzas españolas de Milán. Éste sometió a chantaje a los milaneses, amenazándoles con la reanudación del terror que había acabado con su llegada, consiguió recoger unos fondos de emergencia y salió al encuentro de Frundsberg. El 7 de febrero de 1527, las fuerzas españolas y alemanas se reunieron en el Norte, formando un ejército de unos 25.000 hombres que inició inmediatamente la marcha hacia el Sur.

Clemente no captó inmediatamente la significación de aquella horda que se aproximaba, pues un mes antes la flota imperial había atracado a mitad de camino entre Roma y Nápoles, y otro ejército imperial traspasaba en aquel momento las fronteras meridionales de los Estados Pontificios. Estaba sometido a presiones casi igualmente intensas por ambos bandos, simbolizadas en la llegada, el mismo día, de los embajadores francés e imperial, uno con más promesas, el otro con amenazas inmediatas. Sus aliados italianos,

temiendo un colapso en el frente meridional, le aconsejaban resistir, pero había casi tantos italianos en las filas del enemigo como tras los estandartes pontificios. No tenía dinero, y Francisco le dejaba una vez más en la estacada. Consideró la posibilidad de nombrar algunos cardenales para recoger fondos, pero desechó la idea poco después porque iba contra sus principios. Le preocupaba más la venta de un puñado de capelos, comentó despectivamente Guicciardini, que a otros papas el disponer de territorios enteros.

Y, una vez más, las virtudes de Clemente tuvieron efectos más desastrosos que los vicios de otros hombres. Francófilo todavía, Clemente temía más al emperador: un golpe de suerte fortalecía su resolución; una brusca amenaza bastaba para que diese un nuevo viraje. Pero al final hasta él tuvo que darse por enterado de la amenaza que llegaba del Norte, y dos semanas antes de que Frundsberg y Borbón unieran sus fuerzas, firmó otro tratado con el embajador español. Aceptaba un armisticio de ocho meses, con lo que abandonaba otra vez a sus aliados. Aceptó incluso perdonar a Colonna, retirar sus tropas de Nápoles y pagar 60.000 ducados a los hambrientos *landsknechts*, a condición de que se retiraran inmediatamente de Italia.

Ese tratado podría haber salvado a Roma de firmarse unas semanas antes. Pero en aquel momento sólo sirvió para agrietar la última barrera que se alzaba entre los mercenarios y la ciudad. Frundsberg había podido mantener la disciplina únicamente gracias a que creían que el saqueo de Florencia o un gigantesco rescate procedente de Roma les compensaría de todos sus sufrimientos. Pero cuando les llegó la noticia de que toda su recompensa serían aquellos míseros 60.000 ducados, a repartir entre 25.000 hombres, se amotinaron. En vano les arengó Frundsberg apelando a su lealtad; le abuchearon y hasta le amenazaron. El pobre hombre se derrumbó sobre un tambor y murió poco después... con el corazón destrozado, se dijo, pues amaba mucho a sus hombres.

Borbón heredó el mando, pero si un caudillo tribal alemán no había podido contener a sus hombres, un renegado francés no tenía ninguna esperanza de conseguirlo. El virrey español se presentó personalmente en el campamento en un intento de asegurar el cumplimiento del tratado. Borbón comunicó después que necesitaba al menos 250.000 ducados para contentar a sus hombres. Clemente se negó a pagar tan fantástica suma y se mantuvo firme en este punto, y los soldados reanudaron la marcha hacia el Sur. El plan original había sido atacar Florencia, pero las defensas de la ciudad estaban a punto tras generaciones y generaciones de guerras entre ciudades.

Roma, en cambio, estaba peor preparada, a causa de su confianza en que su carácter sagrado actuaría siempre como eficaz defensa. Y Clemente, en un estallido de optimismo, había licenciado a sus costosas tropas, así que la capital de la Cristiandad estaba casi completamente indefensa ante el avance de los españoles católicos y los alemanes luteranos.

Irrumpieron en la ciudad a las seis de la mañana del 6 de mayo de 1527, una fría mañana con espesa niebla que hacía tiritar a los escasos defensores. Borbón cayó en el primer asalto. Benevenuto Cellini, orfebre y maestro artillero de Clemente VII, reclamó el honor de haber matado al único hombre capaz de evitar los peores excesos del saqueo de la ciudad. Cellini estaba en las murallas con un grupo de artilleros. Cansado de tanta niebla, estaba a punto de marcharse cuando vio a un grupo de hombres que, al parecer, intentaban colocar unas escalas en la muralla. Llamó la atención de sus compañeros

...y, después, apuntando mi arcabuz hacia donde vi la masa más compacta de hombres, acerté exactamente al que parecía más alto que los demás, la niebla me impedía ver si era un jinete o un infante... Cuando hubimos disparado dos andanadas, trepé cautelosamente hasta el baluarte y, observando una extraordinaria confusión entre el enemigo, descubrí a continuación que uno de nuestros disparos había matado al condestable de Borbón.¹²

A media mañana, la defensa se había hundido y el enemigo comenzaba a saquear la Ciudad Leonina. Cellini fue enrolado como miembro del personal papal por el capitán de la guardia pontificia y dirigió, muy en contra de su voluntad, la artillería de Sant'Angelo. «Ascendí al torreón, y en el mismo instante llegó el papa Clemente a través de los corredores del castillo. Se había negado a dejar antes el Palacio de San Pedro, pues no podía creer que sus enemigos conseguirían entrar en Roma.»¹³ Paolo Giovio, el historiador, había acompañado al pontífice en su azaroso traslado del Palacio Vaticano al castillo y había cubierto con su capa violeta las vestiduras demasiado características de Clemente para protegerle de los francotiradores.

12. Cellini, 66.

13. *Ibíd.*, 67.

Clemente estaba rezando en su capilla cuando los atacantes penetraron en la ciudad y escapó sólo por minutos. No fue la única persona en considerar increíble la caída de Roma. Unas semanas antes había intentado organizar una milicia romana, pero el pueblo acogió su propuesta con indiferencia, y los nobles se ofrecieron a prestarle pequeñas sumas a interés. La milicia se organizó tardíamente, pero aquello fue poco más que un gesto, pues aquel puñado de ciudadanos blandengues no era enemigo para miles de veteranos espoleados por el hambre y el odio nacional y religioso. A la mañana siguiente, 7 de mayo, la ciudad estaba a su merced y así permaneció durante cinco meses espantosos.

«El infierno no es nada comparado con el estado actual de Roma», escribió un veneciano el día 10. Dos días después, otro veneciano pedía a su hermano que le mandara el dinero del rescate:

Por Dios, no me abandones. Estoy prisionero de los españoles, que han fijado mi rescate en mil ducados. Ya me han torturado dos veces y acabaron por encender fuego bajo la planta de mis pies. Querido hermano, no permitas que perezca tan miserablemente. Si no pagas el rescate en veintiséis días, me harán pedazos. Por el amor de Dios y de la Virgen bendita, ayúdame. Todos los romanos están prisioneros, y si un hombre no paga su rescate, lo matan.¹⁴ Ayúdame, querido Antonio, ayúdame por el amor de Dios.

Los italianos que cayeron en poder de los alemanes fueron un poco más afortunados que los que cayeron en manos de españoles o de otros italianos. El alemán se inclinaba más a la borrachera que a la crueldad e, ignorantes de los procedimientos italianos, era posible liberarse de ellos con rescates más pequeños. Pero los españoles y los italianos estaban perfectamente capacitados para calcular la riqueza de cada cual y sacaban a sus víctimas hasta el último ducado; si alguno de estos infelices caía después en manos de otros latinos, le esperaba una cruel muerte. Los alemanes destacaron, en cambio, en las profanaciones religiosas. Se decía que el general Frundsberg había llevado un dogal de oro para colgar al papa, y que sus soldados se esforzaron al máximo por hacer realidad sus intenciones. Clemente estaba a salvo en Sant'Angelo absolviendo a su artillero Cellini «de todos los asesinatos que yo debía perpetrar en nombre de la Iglesia Apostólica», pero en la ciudad había miles de sacerdotes y monjas indefensas para alimentar la hecatombe en

honor de Frundsberg. Un grupo de soldados visto un asno con ropas de obispo y exigió a un sacerdote que le ofreciera la Hostia. El pobre hombre, defendiendo valerosamente su dignidad, se tragó la Sagrada Forma, y fue asesinado lentamente, con refinamiento. Las monjas que fueron asesinadas tras la primera violación tuvieron suerte, porque sus hermanas fueron arrastradas como animales y forzadas por un hombre tras otro hasta que encontraron descanso en la muerte. Lutero fue proclamado papa en una ceremonia bufa. Las venerables reliquias de Roma, incluso las tumbas de los papas, fueron saqueadas.

Todos los soldados se hicieron ricos. Los más astutos organizaron refugios donde los romanos más acaudalados encontraron una seguridad temporal. Los soldados llevaban sus sombreros rebosantes de monedas. Muchos hombres se tambaleaban por las calles con vestidos de costosas sedas o brocados sobre sus harapientos uniformes, o acarreaban sacos en los que tintineaban preciosos vasos robados de palacios e iglesias. Roma no había sufrido ningún saqueo desde el siglo XI, y la ciudad estaba atiborrada de tesoros. Con una pequeña fracción de su valor hubiera bastado para hacerla inexpugnable si sus ciudadanos se hubiesen desprendido de ella a tiempo.

A finales de mayo habían sido arrojados al Tíber los cadáveres de más de dos mil ciudadanos asesinados, y casi otros diez mil fueron enterrados de tan mala manera que, al llegar el verano, se declaró en la ciudad una epidemia de peste. Había oro en cantidades no soñadas, pero no había pan. El hambre y la peste diezmaron a los vencedores, y los más sensatos empezaron a abandonar gradualmente la ciudad. Roma era una urbe muerta a mediados de junio: «No tocan las campanas, ni están abiertas las iglesias, ni se dicen misas. El hedor de los cuerpos muertos es terrible: hombres y animales tienen una tumba común, y en las iglesias he visto cadáveres roídos por los perros».¹⁵ Algunos soldados se quedaron para arañar los últimos ducados a riesgo de sus vidas; otros se vieron obligados a regresar cuando la marea de los acontecimientos del mundo exterior los empujó de nuevo hacia Roma. Pero la situación fue la misma para los que se quedaron que para los que tuvieron que regresar: estaban hurgando en un cadáver.

Esperamos que Vuestra Majestad nos dé instrucciones precisas sobre si ha de permanecer alguna forma de Silla Apos-

14. Sanuto, *Diarii*, XLV, 237.

15. Citado en Pastor, IX, 427.

tólica o no. No ocultaremos a Vuestra Majestad la opinión de algunos de sus servidores de que la Sagrada Silla de Roma no debería ser abolida absoluta y definitivamente. Si eso ocurriera, el rey de Francia podría instalar inmediatamente un Patriarca en sus dominios, e Inglaterra y todos los demás monarcas harían otro tanto, negando obediencia a la Santa Sede.¹⁶

Así discutía el 8 de junio el futuro del Papado un burócrata español, y llegaba a la conclusión de que el poder espiritual debía divorciarse nuevamente del temporal. Tres días antes, Clemente había firmado su último, y definitivo, tratado de la guerra, por el que se entregaba completamente a la merced de Carlos. Durante todo aquel espantoso verano, Clemente había permanecido prisionero en Sant'Angelo, mientras su destino, y el de su cargo, se debatía en España. Carlos había lamentado profundamente los acontecimientos de mayo y junio, y toda Europa había reaccionado violentamente en favor del papa. «Si viene aquí, será adorado», informó Castiglione desde España. Aunque lo hubiera deseado, Carlos no habría podido adoptar las medidas extremas que le proponían algunos: destruir el Papado sería crear un vacío, y ningún hombre sabía explicarle cómo lo llenaría. El emperador tomó una decisión a finales de octubre. Retiraría sus tropas de Roma y devolvería los Estados Pontificios a Clemente, a condición de que le entregara unos rehenes, accediera a convocar un concilio para la reforma de la Iglesia y permaneciera neutral políticamente.

No había ningún peligro de que Clemente rompiera esta última promesa. El tesoro papal estaba totalmente exhausto, ya que tuvo que pagar una multa de 400.000 ducados para recuperar su libertad. Una de las últimas tareas de Cellini en Sant'Angelo consistió en desmontar las piedras preciosas y fundir el oro para utilizarlo en el pago del rescate. Clemente no tenía tropas. Los aliados italianos estaban ya guerreando entre sí por sus territorios, y Florencia —su propia ciudad— se había rebelado y había expulsado a los dos jóvenes bastardos Médicis que habían recibido la ciudad como si fuese propiedad privada del papa.

El 8 de diciembre, con la ayuda de los oficiales imperiales más responsables, Clemente consiguió huir de Roma disfrazado de mercader y se refugió en Orvieto, una ciudad situada en una rocosa montaña, a unos ciento treinta kilómetros de Roma. Casi inmediatamente llegaron los embajadores del rey inglés, Enrique VIII, que

aún no habían perdido la esperanza de liberar a su señor de su irritante matrimonio. Informaron que Clemente se había mostrado tan evasivo como siempre y que se encontraba en una situación digna de lástima.

El papa reside en un viejo palacio de los obispos de la ciudad, ruinoso y decadente, donde para llegar a su cámara privada atravesamos tres estancias, todas desnudas, con los techos cayéndose, y, como suponíamos, treinta personas —gentuza y demás— permanecían de guardia en las estancias. Y todo el aderezo de la alcoba del papa no valía veinte nobles.¹⁷

En junio de 1528, el hambre le expulsó de Orvieto y erró en busca de otro alojamiento provisional por un país que parecía estar en las convulsiones de la muerte. Españoles, franceses, alemanes e italianos seguían luchando entre sí devorando a un pueblo desmoralizado. Una efímera victoria francesa despertó nuevamente las esperanzas de Clemente, pero la muerte del general francés las hizo descender más bajo que antes. En Italia no había más poder que el del emperador, y el papa tuvo que resignarse a reconocerlo.

Carlos deseaba una coronación, y Clemente aceptó, coronándole en Bolonia en el mes de diciembre de 1529. Fue el último papa que coronó a un emperador. Carlos, a cambio, hizo que sus tropas destruyeran la resucitada república de Florencia y colocó en el trono al primer duque de la ciudad: el perverso joven Alessandro de Médicis, de quien la gente pensaba era hijo de Clemente; tan exagerado era el amor que le tenía. En medio de la ruina del poder papal, al menos se consiguió esto, aunque la gloria de los Médicis fue un precio muy bajo por la agonía de toda Italia.

Clemente había sobrevivido, pero aún quedaba un gran peligro frente a él: el insistente deseo del emperador de que se convocara un concilio para discutir la cuestión de la Reforma. Clemente emprendió otra vez de mala gana el camino de Bolonia, donde le esperaba impaciente el emperador. El embajador inglés acompañó al papa, ya que en la reunión de Bolonia se pensaba decidir definitivamente el asunto del divorcio de Enrique, aparte de discutir la cuestión del concilio.

Fue un viaje triste, en pleno invierno y a través de un país devastado. Clemente, escribió el embajador,

16. Citado en Gregorovius, *Rome*, VIII, 621.

17. State Papers, Henry VIII, VII, 63.

...no se atrevió a tomar la carretera que, como sabéis, pasa por Florencia, sino que, bastante locamente, fue por Perugia y las tierras de la Iglesia. El viaje fue muy penoso para el papa, en razón de la continua lluvia y los malos caminos, con otros infortunados accidentes, como la pérdida de algunas mulas y la rotura de la pata de un caballo turco que tenía, y sobre todo por el mal alojamiento que tuvo con su compañía. El papa se vio obligado, a veces, en razón del mal estado y peligros del camino, a ir a pie por espacio de una milla o dos: además de ese placer y pasatiempo, a falta de un lecho de plumas, ha de yacer en la paja.

Entró en Bolonia el 7 de diciembre por la tarde, «cabalgando, con su larga capa blanca; llevaba su roquete sobre la misma, y una estola sobre el cuello, y así llegó a su palacio. De cualesquiera milagros hechos sobre cojos o tullidos, no oí nada».¹⁸

Esta maliciosa alusión no es completamente cierta, pues Clemente consiguió un verdadero milagro: evitar el concilio. Censuró obedientemente a Enrique de Inglaterra por su adulterio, defendiendo tardía e inútilmente el honor de la tía del emperador. Aceptó formar otra liga que fortaleciera la posición de Carlos frente a Francia. Pero sabotó con notable habilidad todos los movimientos hacia la convocatoria de un concilio que, incluso en esta fecha tan tardía, quizás hubiera conseguido restañar la profunda herida de la Cristiandad. El deseo del emperador de acabar con el cisma se debía a razones tanto políticas como religiosas, ya que aquella lucha debilitaba su poder. Pero cualquier concilio eficaz, al examinar la moral y la estructura del sistema imperante, habría debatido inevitablemente el pontificado de Clemente y habría declarado a éste indigno de seguir detentando el supremo oficio.

El gobierno veneciano no se sorprendió de que se disolviera la reunión sin una respuesta a aquella cuestión vital. Su embajador en Bolonia, con el pesimismo de un diplomático experimentado, había advertido a sus superiores que no esperasen otra cosa. «En lo que al Concilio se refiere, Su Serenidad puede estar seguro de que Clemente lo evitará por todos los medios. En realidad, el temor al mismo atormenta el alma de Su Santidad más que cualquier otra cosa, tanto que está dispuesto a perder la amistad del emperador y de los otros, y hasta su propia vida.»¹⁹ Carlos no era tan fuerte en Italia como para correr el riesgo de colocar en una situación deses-

perada a un hombre débil que preferiría una segunda destrucción de Roma a que le quitaran la tiara de la cabeza.

Aparte de este triunfo negativo, Clemente consiguió en Bolonia uno positivo: el consentimiento del emperador para el matrimonio de Catalina de Médicis con el hijo del rey de Francia. Catalina, entonces una muchacha de quince años muy poco atractiva, era bisnieta de Lorenzo el Magnífico y única superviviente legítima de la rama primogénita de los Médicis. Al mismo tiempo, el emperador accedió a conceder la mano de su hija a Alessandro, el supuesto sobrino de Clemente. No era triunfo pequeño situar de un golpe a dos parientes en las familias de los mortales enemigos, y es que Clemente actuaba como un estadista de primera fila cuando eran los intereses de los Médicis los que estaban en juego.

Siete meses después de la reunión de Bolonia, Clemente acompañó a Catalina hasta Marsella y allí celebró personalmente el matrimonio con Enrique de Orleans, hijo del rey Francisco. Los prolongados festejos que siguieron fueron bastante decorosos, pero excesivos para sus hábitos de abstemio, y acabaron minando su constitución. Volvió a Roma en diciembre de 1533, y casi inmediatamente cayó enfermo. Aguantó a duras penas hasta el otoño siguiente. Uno de sus últimos actos oficiales fue escribir una larga y patética carta a Carlos en la que confiaba su sobrino Alessandro a la protección imperial, «puesto que temo que la posición que vuestra magnanimidad le ha concedido pueda ser destruida por aquellos enemigos que se sientan alentados por el hecho de que su matrimonio con vuestra hija no haya tenido lugar todavía».²⁰ Al final de su carrera, como al comienzo, los Médicis eran su mayor preocupación. Expresaba también la piadosa esperanza de que Carlos respetaría la dignidad de la sagrada silla, pero la carta se ocupaba ante todo del destino de la casa de los Médicis después de su muerte.

Cellini le visitó tres días antes de su muerte para llevarle unas medallas que le había encargado.

Ordenó que le trajeran sus anteojos y una vela, pero a pesar de ello no pudo distinguir nada de mi obra. Así que se puso a examinar las medallas mediante el tacto de los dedos; pero, tras palparlas así durante algún tiempo, exhaló un profundo suspiro y le dijo a uno de los cortesanos que lo sentía por mí, pero que si Dios tenía a bien devolverle la salud me lo recompensaría debidamente. Mujió tres días después, y yo sólo recibí dolores por mi labor.²¹

18. *Ibid.*, 394.

19. Alberi, *Documenti*, Ser. II, V, 3.

20. Citado en Raynaldus, An. 1534, n. 67.

21. Cellini, 141.

Clemente murió el 25 de septiembre de 1534, a los cincuenta y seis años. Su pupila Catalina vivió lo suficiente para ascender al trono de Francia, pero sus dos sobrinos le sobrevivieron muy poco tiempo. Uno envenenó al otro y luego fue asesinado. La corona ducal, conseguida con tantos esfuerzos, pasó a la despreciada rama segunda de la familia.

Clemente VII fue en todo, menos en sus atributos personales, el protagonista de una tragedia griega, la víctima destinada a sufrir las consecuencias de actos cometidos mucho antes. Cada una de las pretensiones temporales de sus predecesores habían enredado al Papado un poco más en el letal juego de la política; y, al mismo tiempo, cada nuevo envilecimiento moral le divorciaba un poco más del vasto cuerpo de cristianos en el que, en último término, residía su fuerza. Su aspecto sobrenatural había servido durante siglos de respaldo a las pretensiones temporales. Y, así, Dante fustigó a los hombres que habían atacado a Bonifacio VIII, a pesar de que Bonifacio era su enemigo más odiado. Y así, una de las víctimas de César Borgia solicitó la absolución al padre de su asesino, y ni víctima, ni asesino, ni padre vieron el menor sarcasmo en aquello.

Pero la base de aquel baluarte espiritual fue agrietándose cada vez más a medida que se debilitaba la fe de los cristianos por culpa del comportamiento de aquellos que pretendieron detentar la espada al mismo tiempo que las llaves. El primer crujido se escuchó durante el pontificado de León, el espléndido y comparativamente afortunado pariente de Clemente. Adriano, el sucesor de León, había tenido el deseo —y quizá también la habilidad— de reparar la grieta. Cuando ya estaba en la tumba, se habían burlado de él aquellos que podían haberle apoyado. Clemente había heredado una situación insostenible para un hombre de su calibre. Aparte de los formidables problemas de Estado a que todo papa tenía que enfrentarse, hubo de arrostrar el hecho de que Lutero, en lugar de ser suprimido, estaba progresando; de que se había establecido el precedente de que las motivaciones religiosas se podían utilizar con fines exclusivamente políticos; y que las dos mayores potencias católicas de Europa estaban enzarzadas en una lucha a muerte y le exigían que se inclinase por uno de los dos bandos.

Un hombre de más talla que Clemente quizás hubiera vuelto la espalda a los problemas políticos para concentrar las inmensas energías de la Iglesia Romana en la destrucción de aquel cáncer que amenazaba su corazón, reformándose a sí misma antes de pretender nuevamente dirigir a los demás. Pero Clemente no era más que el producto de unas fuerzas que durante siglos habían perseguido un

solo objetivo: el mantenimiento del poder papal. Incluso él lo comprendió en sus momentos de lucidez. Después del saco de Roma, cuando las llamas de los incendios se habían extinguido al fin, cuando había partido el último mercenario cargado de oro, cuando el populacho estaba todavía inquieto, deslumbrado, lleno de miedo, Gaspar Contarini, el embajador veneciano, intentó consolar a aquel hombre destrozado.

Su Santidad no debe pensar que el bienestar de la Iglesia de Cristo descansa en este pequeño Estado de la Iglesia; por el contrario, la Iglesia existía antes de poseer el Estado, y era mejor para ella. La Iglesia es la comunidad de todos los Cristianos; el Estado temporal es como cualquier otra provincia de Italia y, por tanto, Su Santidad debe procurar ante todo promover el bienestar de la Auténtica Iglesia, que consiste en la paz de la Cristiandad.

Clemente se mostró de acuerdo con todo lo que decía el veneciano, y admitió que «como hombre con conciencia, sé que debo actuar como me decís».

Pero, ¿qué otra cosa podía hacer Clemente sino intentar defender los derechos temporales que había heredado, por muy alto que fuera el precio espiritual a pagar? Si hubiese actuado de otro modo, «Me hubiesen robado hasta el último ducado, y habría sido incapaz de recuperar nada de lo mío. Repito: veo claramente que el camino que señaláis es el justo, pero en este mundo el ideal no corresponde a la realidad, y el que actúa por motivos idealistas no es más que un loco».²²

Tres semanas después de la muerte de Clemente subió al trono Alessandro Farnese con el nombre de Pablo III. Tuvo que acceder a convocar un concilio, pero el Concilio de Trento hizo demasiado poco y se reunió demasiado tarde. Su fracaso provocó el predominio de la Inquisición, que sólo serviría para ahondar más la grieta abierta en la Cristiandad. Clemente había desperdiciado la última oportunidad de restaurar el prestigio del Papado con tal de seguir disfrutando de un incómodo poder bajo la sombra protectora del emperador. Y los italianos le maldijeron por eso. «Murió detestado por la curia, mirado con desconfianza por los monarcas, dejando tras de sí un recuerdo odiado y opresivo»,²³ escribió Guicciardini, su admirador en otro tiempo. Francesco Vettori, conciudadano de Guicciar-

22. Leva, 658.

23. Guicciardini, *op. cit.*, XX, 417.

dini y de Clemente, tenía mejor opinión de él. Pensaba que Clemente había sido un hombre bueno, sobre todo si se le comparaba con sus predecesores inmediatos. «Si se considera la vida de los papas anteriores, uno debe reconocer que, durante más de cien años, no se sentó en el Trono un hombre mejor que Clemente VII. Sin embargo, el desastre tuvo lugar en sus días, mientras que esos otros, que estaban llenos de todos los vicios, vivieron y murieron felizmente, como todo el mundo ha visto. No debemos dudar de Dios nuestro Señor, que castigará —o no castigará— del modo y en el momento que le plazca.»²⁴

Apéndice

24. Vettori, 381.